mal aspecto en la Romania, en la Calabria, ó á lo largo de las lagunas pontinas,.. he aquí la escena que se ofrecia á nuestra vista. Siete ú ocho hombres de hermosa fisonomia, con la frente elevada y el ojo atrevido y salvage, medio desnudos, medio vestidos de pedazos de uniformes, armados de largas carabinas, y trayendo en una mano unas perchas de caña para tomar nuestras cartas ó presentarnos lo que tenian que ofrecernos, tales eran los actores de ella. Yo respondi á sus preguntas en mal dialecto napolitano: les nombré algunos de sus compatriotas, con quienes habia tenido amistad en mi juventud y estos hombres se hicieron atentos y finos, despues de haber sido imperiosos é insolentes: por ultimo les compré y regalé un carnero, que despedazaron sobre la playa. Nosotros escribimos, y ellos tomaron nuestras cartas con la hendidura que á este fin tenian sus cañas en la estremidad: encendieron una yesca, recogieron algunas ramas verdes del arbusto que cubre la playa, y habiendo hecho una hoguera, pasaron las cartas mojadas en el agua del mar por el humo de este fuego antes de tocarlas con la mano. Nos prometieron disparar un tiro de fusil por la tarde para que á esta señal volviesemos á la costa cuando estuviesen prontas nuestras provisiones de aguas y legumbres. Despues sacaron de su barco una gran cesta de mariscos *frutti di mare*, y nos los regalaron, sin querer admitir precio ni recompensa.

Volvimos á bordo, y pasamos algunas horas de ocio y de contemplaciones deliciosas sobre la popa del anclado bergantin, mientras que la tempestad bramaba todavia á la estremidad de los dos

cabos que nos cubrian, y mientras que veíamos nosotros la espuma de la alta mar subir treinta ó cuarenta pies contra las doradas laderas de estos cabos.

18 de julio.

Se ha dado á la vela nuestro buque, saliendo del golfo de Palma con un mar tan llano como un espejo, y con un ligero viento de Oeste, que bastaba apenas para secar el rocio de la noche que brillaba sobre las cortadas ramas de los lentiscos, única verdura que se nota en estas costas, ya africanas. Pronto estuvimos en alta mar: disfrutamos de un dia tranquilo, de una brisa suave, que nos hacia andar seis ó siete nudos por hora, y de una clara y hermosa noche, en la que el mar parecia dormir.

19 de julio.

Al despertar nos encontramos á veinticinco leguas de la costa de Africa. Yo releí la historia de S. Luis para recordar las circunstancias de su muerte, acaecida sobre la playa de Túnez, cerca del cabo de Cartago, que debiamos avistar por la tarde ó al siguiente dia.

Ignoraba yo en mi juventud, por qué algunos pueblos me inspiraban una antipatia, por decirlo asi, innata; mientras que me interesaban otros y me llamaban siempre á la lectura de su historia con un involuntario atractivo: sentia hácia estas vanas sombras de lo pasado, hácia estas muertas memorias de las naciones exactamente lo mismo que siento de un modo irresistible en favor ó en contra de las fisonomias de los hombres, con quie-

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

nes vivo ó trato. Amo ó aborrezco con la fuerza de la palabra: á primera vista, en un instante pronuncio para siempre mi juicio sobre un hombre ó sobre una mujer: la razon, la reflexion, el juicio, empleados frecuentemente por mí contra estas impresiones, no han podido vencerlas. Cuando el bronce ha recibido una vez la impresion que le dá el golpe de la prensa, la conservará por mas vueltas que le den en la mano: asi sucede con mi alma y asi con mi carácter. Lo mismo acaece á todos aquellos séres, cuyo instinto es pronto, fuerte, inflexible, é instantáneo. Si se pregunta qué cosa es en nosotros el instinto, diremos que es la razon suprema, la razon innata, la razon no razonada, la razon finalmente tal cual Dios la ha hecho, y no como la encuentra el hombre: ella nos ilumina como el relámpago, sin que la vista se tome el trabajo de buscarla: la inspiracion en todas las artes, lo mismo que en el campo de batalla, es tambien un instinto, es la razon adivinada. El genio es tambien un instinto: no es lógica ni trabajo. Cuanto uno mas reflexiona, mas reconoce que el hombre nada posee que sea hermoso y grande, que le pertenezca á él, ó que proceda de su fuerza y de su voluntad; por el contrario echa de ver que todo lo que hay en él de soberanamente hermoso, lo recibe inmediatamente de la naturaleza y de Dios. El cristianismo, que lo sabe todo, lo ha comprendido desde luego: los apóstoles sintieron en sí esta accion inmediata de la Divinidad, y esclamaron desde el primer momento: *Todo don perfecto procede de Dios.*

Pero volvamos á los pueblos. Nunca he podido amar á los romanos, y mi corazon no se ha

interesado por Cartago, á pesar de su gloria y de sus desgracias. Anibal no me ha parecido mas que un general de la compañía de las Indias, haciendo una compaña industrial, y una brillante y heróica operacion de comercio en los llanos del Trasimeno: el pueblo, tan ingrato como los egoistas, lo recompensó con el destierro y con la muerte. Por lo que respecta á esta, fué patética y bella, y me reconcilia con sus triunfos, porque me ha conmovido desde niño. Para mí y para la humanidad entera hay una sublime y heróica armonia entre la soberana gloria, el soberano génio, y la soberana desgracia: estas tres influencias del destino no dejan de producir su efecto, el cual es una triste y á veces voluptuosa agitacion en el corazon de los hombres: no existe grado cierto de gloria, ni eminente virtud que no esperimente la ingratitud, la persecucion y la muerte. Jesucristo fué un ejemplo divino de ello, y su vida y su doctrina esplican este misterioso enigma del destino de los grandes hombres por el del hombre Dios.

Posteriormente he descubierto que el secreto de mis antipatías ó simpatías á la memoria de ciertos pueblos existe en la naturaleza misma de sus instituciones y actos. En cuanto á los pueblos como los Fenicios, Tiro, Sidon y Cartago, que eran como unas sociedades de comercio, que esplotaban la tierra en su provecho, y no graduaban la grandeza de sus empresas, sino por la utilidad material é inmediata del resultado: pienso como el Dante; no me ocupo de ellos; miro y paso de largo.

¡Non ragionar di lor, ma guarda é passa!

Dejémoslos, pues: han sido ricos y felices; he

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

aqui todo lo que puede decirse: solo trabajaron para su tiempo, y no tienen derecho á la memoria de la posteridad. *Receperunt mercedem.* Mas en cuanto á aquellos pueblos, que cuidándose poco de lo presente que reconocían fugaz, por instinto sublime de inmortalidad, y por una insaciable sed del porvenir, han elevado el pensamiento nacional mas allá de lo presente, y el sentimiento humano mas allá de las comodidades, de la riqueza, y de la utilidad material; aquellos que han consumido las generaciones y los siglos en en dejar sobre el camino que han recorrido una hermosa y perpetua huella que atestigua su tránsito; estas naciones grandes y generosas que han revuelto todas las elevadas y graves ideas de la humana inteligencia para formar ciencias, legislaciones, artes y sistemas; las que han removido masas enormes de mármol y granito para construir obeliscos ó pirámides que son como un cartel, como un guante sublime arrojado por ellos al tiempo, y como una voz muda con la cual están hablando siempre á las almas grandes y generosas; estas poéticas naciones como los egipcios, los judios, los indios y los griegos, que han idealizado la política y hecho prevalecer en su vida de pueblos el principio divino, que es el alma, sobre el principio humano, que es la utilidad; á estos pueblos, pues, yo los amo y los venero, y busco con ansia sus huellas, sus memorias, sus obras escritas, edificadas ó esculpidas: vivo con su vida, asisto como espectador conmovido y parcial al drama interesante y heroico de su destino, y atravieso con gusto los mares para ir á meditar algunos dias sobre su polvo, y para ir á articular en su memoria el *memento* de

la posteridad. Estos merecieron bien de los hombres, porque elevaron sus pensamientos sobre este globo de fango, y mas allá del dia fugitivo: ellos se sintieron formados para un destino mas vasto y elevado; y no pudiendo darse á ellos mismos la inmortalidad, que es el anhelo de todo corazon noble y grande, dijeron á sus obras: inmortalizadnos vosotras; subsistid para nosotros; hablad de nosotros á los que atravesarán el desierto, ó surcarán las aguas del mar Jónico, delante del cabo Sigeo, ó frente al promontorio Sunium, donde entonaba Platon los ecos de una sabiduría que será eterna!

Estas ideas ocupaban mi imaginacion al tiempo que oia á la proa, sobre la que estaba sentado, cortar las olas del mar de Africa, y fijaba la vista á cada minuto en la niebla roja del horizonte para ver si distinguia el cabo de Cartago.

Cesó el viento, el mar calmó tambien, y el dia se pasó en mirar inútilmente la vaporosa costa de Africa. Por la tarde se levantó un viento muy fuerte; el bergantin, balanceado de un lado al otro, y abrumado por las velas semejantes á las alas de un pájaro de mar agujereadas por el plomo, nos sacudia entre sus flancos con el terrible mugido de un edificio que se desploma. Yo pasé la noche sobre cubierta con los brazos asidos á un cable; las blanquizcas nubes que se apiñaban como una alta montaña en el golfo profundo de Túnez, despedian los relámpagos y se oian los estampidos lejanos del rayo. El Africa se me presentó, cual siempre me la he figurado, con sus laderas destrozadas por los fuegos del cielo y con sus calcinadas cumbres ocultas en las nubes. A medida que nos acercá-

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

bamos y que los cabos de Biserta, y Cartago, se desprendian de la oscuridad, y parecian venir á nuestro encuentro, se ofrecieron á mi memoria todas las grandes imágenes y todos los nombres heróicos ó fabulosos que han resonado en estas costas, y me recordaron los dramas poéticos ó históricos de que han sido sucesivamente teatro. Virgilio, como todos los poetas que quieren esceder la verdad, la historia y la naturaleza, ha echado á perder, mas bien que embellecido, la memoria de Dido: la Dido histórica, viuda de Sicheo, y fiel á los manes de su primer esposo, hizo encender una hoguera sobre el cabo de Cartago, y subió á ella como víctima voluntaria y sublime de un amor puro y de una fidelidad hasta la muerte. Esto es algo mas bello, mas virtuoso y patético que las frias galanterias que le atribuye el poeta romano con su piadoso y ridículo Eneas, y la desesperacion amorosa que no inspira ninguna simpatía al lector: empero el *Anna Soror*, la magnifica despedida, y la inmortal imprecacion que siguen, hacen siempre perdonar á Virgilio.

La parte histórica de Cartago encierra mas poesía que su parte fabulosa ó poética. La muerte celestial y los funerales de San Luis; el ciego Belisario: Mario expiando entre las fieras, sobre las ruinas de Cartago, y fiera él mismo, los crímenes de Roma: Cartago sitiada por Scipion: Masinisa prendiendo fuego por sí misma á sus edificios y riqueza; la mujer de Asdrubal, encerrada con sus hijos en el templo de Júpiter, reconviniendo á su marido por no haber sabido morir, y encendiendo ella misma la antorcha que iba á consumirla con sus hijos para no dejar mas que cenizas á los romanos: Caton de Utica: los dos Scipiones: Aníbal..... todos estos grandes hombres se elevan aun sobre el cabo abandonado, como unas columnas en pie delante de un templo convertido en ruinas. La vista no distingue mas que un promontorio que se levanta sobre una mar desierta: algunas cisternas vacías ú obstruidas por sus propios escombros, acueductos aruinados; algun muelle destrozado y casi cubierto por las olas, y cerca de allí una ciudad bárbara, donde son desconocidos estos nombres, como de hombres demasiado viejos, y que llegan á ser estrangeros en su propio pais. Pero basta lo pasado á un pais donde luce tanto resplandor de recuerdos: yo mismo no sé si me encanta mas este suelo solitario, aislado en medio de su ruinas, que profanado y agitado por el ruido y confusion de otras generaciones nuevas. Con las ruinas sucede como con los sepulcros: en medio del tumulto de una gran ciudad y del lodo de las calles, son como una mancha en el cuadro de la vida ruidosa y agitada; pero en la soledad, á la orilla del mar, sobre un cabo abandonado, sobre una playa inculta, tres solas piedras ennegrecidas por los siglos ó quebrantadas por el rayo, hacen reflexionar, pensar, meditar ó llorar! La soledad y la muerte, la soledad y lo pasado, que es la muerte de las cosas, se unen en el pensamiento de los hombres: su analogía es una misteriosa armonía, y yo prefiero á todo, el promontorio desnudo de Cartago, el cabo melancólico de Súniun, y la playa desnuda é infestada de Poestum, para colocar las escenas de los tiempos pasados, á los templos, y los arcos y los coliseos de Roma muerta, derribados á los pies de Roma viva con la indiferencia del hábito y con la profanacion del olvido.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

20 *de julio.*

El viento ha calmado á las diez de la mañana; hemos podido subir sobre cubierta, y andando siete nudos por hora, nos hemos encontrado bien pronto á la altura de Pantelleria, antigua isla de Calipso, deliciosa todavía, aun quedesierta, por su vegetacion africana, y por la frescura de sus valles y de sus aguas. Allí era donde los emperadores desterraban á los sentenciados políticos.

Se presenta esta isla ante nuestros ojos como un cono negro saliendo del mar, y cubierta hasta dos tercios de su cumbre por una blanca niebla que ha arrojado allí el viento de esta noche. Ningun buque la puede abordar, porque solo tiene puertos para las barcas pequeñas que conducen á los desterrados de Nápoles y Sicilia, los cuales vegetan allí tristemente hace diez años expiando los sueños de una libertad precoz.

Desgraciado el hombre que se adelanta á los tiempos, porque estos se hundirán! Tal es la suerte que está reservada para nosotros, hombres imparciales, razonables y políticos de la Francia. Esta nacion está aun siglo y medio mas atrás de nuestras ideas: ella quiere para todo, hombres é ideas de secta y de partido: nada le importa el patriotismo y la razon: su ignorancia necesita odio, rencor y persecucion alternativamente. Oh!.... los tendrá hasta que sea herida con las armas mortales de que absolutamente se quiere servir, ó los deseche lejos de sí, para volver la vista á la sola esperanza de nuestra mejora política. Dios, su ley y la razon!

21 *de julio.*

La mar parecía jugar con el resto del viento de ayer al despertar esta mañana, despues de una tempestuosa noche: la espuma la cubria aun como el sudor que cubre los ijares de un caballo fatigado de una larga carrera. Las olas corren aceleradamente, pero ligeras, poco profundas y trasparentes: el mar se parece á un campo de arena ondeando al soplo del aire suave de una mañana de primavera, despues de una noche de lluvia. A nuestra vista están las islas de Gozzo y de Malta, que se observan debajo de la niebla á cinco ó seis leguas. de distancia.

22 *de julio.*

A medida que vamos acercándonos á Malta, se va elevando y distinguiéndose mejor la costa baja de esta isla, cuyo aspecto es triste y estéril. Pronto alcanzamos á ver las fortificaciones y los golfos que forman los puertos: una nube de barquichuelos, cada uno con dos remeros, salió de los golfos y acudió á la proa de nuestro buque; habia bastante mar, y las olas los precipitaban á veces en el profundo surco que haciamos nosotros, en términos que parecia que el mar los habia tragado; cuando aperecian de nuevo, corrian detrás de nosotros, y como si bailasen al lado del bergantin, nos echaban cuerdas para remolcarnos en la rada.

Nos anunciaron los pilotos una cuarentena de diez dias, y nos condujeron al puerto reservado de la Valetta. El consul de Francia, Mr. Miege, habló al gobernador Sir Federico Ponsombi, le instruyó de nuestro arribo, y este despues de reunir la junta

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

de sanidad, redujo á tres dias nuestra cuarentena.

Hoy, que es domingo, hemos obtenido licencia para pasear esta tarde en la lancha por los largos canales que prolongan el puerto de cuarentena. El sol ardiente se ha puesto por el lado de una bahia estrecha y apacible del golfo que se halla detrás de la proa de nuestro bergantin: el mar está llano y tranquilo y de un color de plomo ligero, semejante á una lámina de estaño recientemente hecha: el firmamento de color de naranja y rosa claro. A medida que la vista se acerca á nuestro zenit, y se aleja del occidente, va perdiendo el color, tienen al Oriente azul pálido que pardea, y no se parece al color brillante de lapislázuli que se nota en el golfo de Nápoles, ni al oscuro negro del firmamento que se ve sobre los Alpes de la Savoya. El tinte del cielo africano participa de la atmósfera y de la áspera severidad de este continente: la reverberacion de estas montañas desunidas comunica al firmamento cierta sequedad y calor, y el polvo inflamado de esos desiertos de árida arena, parece mezclarse al aire y oscurecer la bóveda de esta tierra. Nuestros remeros nos acercaron lentamente algunas toesas de la costa. La orilla baja y uniforme de una playa, que viene á morir á algunas pulgadas de elevacion sobre el mar, está cubierta de una fila de casas, que se tocan entre sí y que parecen acercarse al mar todo lo posible, para respirar su frescura y escuchar su murmullo. En viendo uno de estos edificios se ve la misma escena repetida en cada umbral y en cada terrado ó balcon. Si esta se multiplica por quinientas ó seiscientas casas semejantes, se formará una idea exacta de un paisage

original para un europeo que no haya visto á Sevilla, Córdoba ni Granada. Esta descripcion, y la de los detalles de las costumbres, si la grabamos bien en la memoria, la encontraremos aun en la sombría uniformidad de nuestras ciudades de Occidente, y apelando á estos recuerdos en los dias y los meses de nieve, de niebla y de lluvia, nos parecerá huir de sus rigores y hallarnos bajo un cielo sereno despues de una larga tempestad. Un poco de sol en los ojos, un poco de amor en el corazon, y un rayo de fe y de verdad en el alma, son tres consuelos sin los cuales no puedo vivir en este destierro terrestre: mis ojos son del Oriente, mi corazon del amor, y mi entendimiento de aquellos que llevan en sí un instinto de luz y una evidencia sin reflexion, que no se prueba; pero que no engaña y que consuela!

Procuremos bosquejar el cuadro de este hermoso paisage. Figurémonos una dorada luz, dulce y serena, como la que sale de los ojos y de las facciones de una jóven antes que haya grabado el amor una arruga sobre su frente, y dejado caer un velo sobre sus ojos. Esta luz, esparcida con igualdad sobre el agua, la tierra y el cielo, se refleja sobre la blanca ó amarillenta piedra de las casas, y presenta los dibujos de las cornisas, las aristas de los ángulos, las barandillas de los tejados, y el grabado de los balcones, ejecutado con limpieza y exactitud, bajo un horizonte azul, con ese aéreo temblor, con ese vago incierto, y esa neblina, de que el occidente, no pudiendo corregir el defecto de su clima, ha constituido una belleza para las artes. Esta cualidad del aire, este color blanco, amarillo ó dorado de la piedra, y este vigor de los

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

contornos da al menor edificio del mediodía una firmeza y una pulcritud que tranquilizan y hieren la vista de un modo agradable: cada casa tiene la apariencia, no de haber sido edificada colocando piedra sobre piedra, unida con argamasa y arena, sino de haber sido esculpida entera y derecha en la viva roca, y de estar sentada en tierra como una masa alzada de su seno, y tan duradera como ella misma. Dos anchas y elegantes pilastras se levantan á los ángulos de la fachada que llegan á la altura de piso y medio; allí una cornisa elegante, esculpida en piedra luciente, las corona sirviendo de base á una balaustrada rica y maciza, que se estiende por toda la parte superior del edificio, y reemplaza á esos techos llanos, irregulares, puntiagudos y estraños que deshonran la arquitectura, y que rompen la armoniosa linea del horizonte en nuestros conjuntos de edificios estraños, que llamamos ciudades en Alemania, en Inglaterra y Francia. Entre estas dos pilastras, que sobresalen algunas pulgadas del lienzo de la fachada, solo ha fijado el arquitecto tres aberturas, que son una puerta y dos ventanas: la puerta alta, ancha y arqueada, no tiene su umbral sobre la calle sino sobre dos bancos de piedra que sobresalen siete ú ocho pies de la casa, y estos bancos, rodeados de una balaustrada de piedra esculpida, sirven de vestíbulo ó sala esterior antes de penetrar en la casa. Demos alguna idea de uno de esos esteriores recintos, y la habremos dado de todos ellos. Uno ó dos hombres con chaqueta blanca, rostro moreno, ojo africano, y una larga pipa en la mano, están indolentemente reclinados sobre un divan de junco al lado de la puerta: delante de ellos, y graciosamente apoyadas, con los codos sobre la balaustrada, se ven tres muchachas en diferentes actitudes, mirando silenciosamente pasar nuestra barca, ó sonriendo entre sí de nuestro estrangero aspecto: forman su trage unas faldas negras á media pierna, un corsé blanco con mangas anchas plegadas y flotantes, cabellos negros peinados, y por encima de los hombros y la cabeza un medio manton de seda negro, semejante á la falda, que cubre la mitad de su rostro, uno de sus hombros, y un brazo que sujeta el manton. Este manton ó medio pañuelo, de una ligera tela, hinchado por la brisa, se dibuja como una vela sobre un esquife; y en sus caprichosos pliegues, cubre ó descubre la misteriosa figura que envuelve ó que parece se le escapa. Las unas alzan con gracia la cabeza para hablar con otras jóvenes que se asoman al balcon superior y les arrojan granadas y naranjas, las otras hablan con jóvenes de largos bigotes, de tupidos y negros cabellos, con cortas y estrechas chaquetas, pantalones blancos y fajas encarnadas. Dos clérigos jóvenes sentados en los bancos de piedra, hablan familiarmente y juegan con grandes abanicos verdes, mientras que un fraile mendigo con los pies desnudos, la frente pálida, la cabeza calva, blanca y descubierta, y el cuerpo envuelto con los pliegues pesados de su hábito, se apoya como una estátua de la mendicidad sobre el umbral del hombre rico y dichoso, y mira con aire de indiferencia este espectáculo del gozo, de la abundancia y de la dicha. En la habitacion superior, sobre un balcon espacioso, cuya baranda está cubierta de una almohadilla guarnecida de cortinas y flecos, se vé una familia de ingleses, felices é impasibles

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

conquistadores de la Malta actual. Alli algunas nodrizas morenas, con los ojos brillantes, y la tez de color aplomado y negro, tienen en sus brazos á esos bellos niños de la Gran Bretaña, cuyos cabellos rubios y rizados, y cuya tez blanca y sonrosada, resisten al sol de Calcuta, lo mismo que al de Malta y Corfú. Al ver estos niños bajo el pañuelo negro, y la mirada de fuego de estas mujeres, medio africanas, se diria que son hermosos y blancos corderos suspendidos al pecho de las tigres del desierto. En el terrado se representa otra escena distinta entre ingleses y malteses. Por un lado se ven muchachas de la isla con la guitarra en la mano, ejecutando algunas notas de una antigua cancion nacional, y por el otro una jóven y hermosa inglesa, apoyada melancólicamente con su codo, contempla con indiferencia la escena que tienen á la vista, y ojea las páginas de los poetas inmortales de su pais.

Añadamos á este golpe de vista, árabes caballos montados por oficiales ingleses, y corriendo con las crines sueltas sobre la arena del puerto; carruages malteses que son como sillas de mano sobre dos ruedas, y arrastrados por un solo caballo que sigue el conductor á pie y corriendo, ceñido de una faja encarnada con largos flecos, y la frente cubierta con la redecilla ó gorro encarnado colgando hasta la cintura; gritos salvages de los muchachos desnudos que se precipitan al mar y nadan al rededor de nuestra lancha; los cantos de los griegos y sicilianos anclados en el puerto inmediato, y respondiendo en coro desde la cubierta de unos á otros buques; las monotonas y agudas notas de la guitarra, y el aire de la tarde formando un

dulce susurro por encima de estos sonidos agudos, y tendremos una idea de un puerto del Empsida en un domingo por la tarde.

24 de julio.

Entramos con libre plática en el puerto de la ciudad de la Valetta. el gobernador Sir Federico Ponsombi, que ha regresado de su casa de campo con objeto de obsequiarnos, nos recibió en su palacio del Gran Maestre á las dos de la tarde. El gobernador tiene la escelente figura de un buen inglés: la probidad se asienta en estos rostros: elevacion, gravedad y nobleza, he aquí el tipo del verdadero gran señor inglés. Hemos admirado su palacio que tiene magnificencia y sencilléz, y que, hermoso en su conjunto, está desnudo de adornos inútiles, tanto por fuera como por el interior. Contiene hermosas salas, largas galerías, severas pinturas; escalera ancha, suave y sonora; una sala de armas de doscientos pies de largo, enriquecida con armaduras de todas las épocas, de la historia del órden de San Juan de Jerusalen, y con una biblioteca de cuarenta mil volúmenes. Hemos sido recibidos en ella por su director, el abate Bollanti, que es un jóven eclesiástico maltés, semejante á os abates romanos de la antigua escuela. Este hombre tiene los ojos penetrantes y apacibles, la boca meditativa y amable, la frente pálida y elevada, su lenguage elegante y cadencioso, y su atencion tan sencilla como fina y natural. Hemos hablado mucho rato, porque es el hombre mas á propósito para una conversacion larga y agradable: en él, como en todos los distingidos eclesiasticos

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

que he encontrado en Italia, hay cierta cosa melancólica é indiferente, que parece espresar la noble y digna resignacion de un poder caido. Educados entre las ruinas, sobre las ruinas mismas de un monumento derrocado, han contraido una especie de tristeza é indiferencia sobre lo presente. Yo le dige: ¿puede un hombre como vos soportar el destierro intelectual y la reclusion en que vivís en este desierto palacio, y entre el polvo de estos libros? El me respondió; verdad es que vivo solo y triste; y que el horizonte de esta isla es sumamente limitado. La fama que yo podría adquirir con mis escritos no se estendería muy lejos, y la que otros hombres adquieren con los suyos no llega tampoco hasta aquí; pero mi alma ve mas lejos un horizonte mas libre y mas vasto, al que me conduce mi pensamiento. Nosotros tenemos sobre nuestras cabezas un hermoso cielo, respiramos un aire templado, y tendemos la vista sobre un mar inmenso y azul: esto basta para la vida de los sentidos: en cuanto á la vida del alma, en ninguna parte es mas amplia que en la soledad y el silencio. De este modo se remonta directamente á Dios, que es el orígen de donde emana, sin estraviarse ni alterarse por el contacto de las cosas y por los cuidados del mundo. Cuando San Pablo al ir á llevar la palabra fecunda del cristianismo naufragó en Malta, permaneció en ella tres meses para esparcir la preciosa semilla del Evangelio, y no se quejó de su naufragio ni de su destierro, que valieron á esta isla el conocimiento precoz del Verbo y de la divina moral, ¿debo quejarme yo? Yo, nacido sobre estas áridas rocas, cuando el Señor me confina en ellas para conser-

var la verdad cristiana en unos corazones, donde tantas verdades están próximas á estinguirse! Esta vida tiene tambien su poesía, añadió. Cuando yo esté libre; cuando haya concluido mis clasificaciones y catálogos, quizá escribiré tambien la poesía de la soledad y de la oracion.

Yo me separé de él con sentimiento y con deseo de volverlo á ver.

La iglesia de San Juan, catedral de la isla, tiene todo el carácter y toda la gravedad que se puede uno prometer de semejante monumento y en semejante sitio: grandeza, nobleza y riqueza: las llaves de Rodas traidas por los caballeros despues de su derrota, se hallan colgadas en los dos lados del altar, como símbolos de memorias penosas y eternas, y de esperanzas que no son jamás defraudadas. La bóveda es soberbia, está toda pintada por el Calabrés, y es digna de la Roma moderna en sus hermosos dias de la pintura.

La capilla de la Eleccion solo me hizo notar un cuadro de Miguel Angel de Caravagio, llamado á la isla por los caballeros de aquel tiempo, para pintar la bóveda de la iglesia de San Juan: lo emprendió, pero la fogosidad y la irritabilidad de su adusto carácter le impidieron concluirlo. Tuvo miedo á la duracion de la obra, y partió dejando en Malta la Degollacion de San Juan, que es su obra maestra. Si nuestros pintores modernos que buscan el romanticismo por sistema, en vez de hallarlo con naturalidad, viesen este magnífico cuadro, encontrarían su pretendida invencion, inventada por otro con anterioridadad. Este es el fruto nacido en el árbol, en lugar del fruto artificial vaciado con molde en la cera, y pintado con falsos

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

colores: el cuadro presenta lo pintoresco en las actitudes, la energía en la composicion, la profundidad en los sentimientos, verdad y dignidad reunidas, vigor en los contrastes, y sin embargo unidad y armonía, horror y belleza todo junto. Esta pintura, una de las mas hermosas que yo he visto en mi vida, ofrece todo lo que buscan los pintores de la escuela actual. Allí lo hallarán todo y no tendrán nada que buscar: verán de este modo que no hay nada nuevo en la naturaleza ni en las artes: todo lo que se hace estaba hecho, todo lo que se dice estaba dicho, y todo lo que se inventa estaba ya inventado. Los siglos son plagiarios de otros, porque los hombres, ya seamos artistas ó pensadores, siempre perecederos y fugitivos, no hacemos mas que copiar de diferentes maneras el modelo inmutable de la naturaleza, pensamiento único y variado del Criador.

25 de julio.

El conjunto de los pueblos, puertos y campiña de Malta se presenta á nuestros ojos desde la cumbre del observatorio que domina al palacio del Gran Maestre. Los campos aparecen desnudos, sin forma, sin color, y áridos como el desierto: la ciudad se parece á la concha de una tortuga naufragada sobre la roca: se diría al verla que había sido esculpida en un solo pedazo de roca viva. Desde este punto se perciben las escenas de los terrados al declinar el dia, en las que se hallan sentadas las mujeres: así es como David vió á Bethsabé. Nada mas gracioso ni mas seductor que estas blancas ó negras figuras, semejantes á sombras movibles que se distinguen á los rayos suaves de

la luna, sobre los techos de esta muchedumbre de casas. Solo allí, en la iglesia ó en los balcones, es donde se ve á las mujeres; todo su lenguage está en los ojos, y todo su amor es un misterio que no alteran las palabras. Así se forma sin su recurso el enlace y desenlace de un importante y largo drama: este silencio, estas apariciones á ciertas horas, estos encuentros en los mismos lugares, estas intimidades, á pesar de las distancias, y estas espresiones mudas, son quizá el primitivo y mas enérgico lenguage del amor, cuyo sentimiento es superior á la espresion, y que del mismo modo que la música tiene un idioma propio para espresar y hacer sentir lo que no puede esplicar ninguna lengua.

Tan hermosas perspectivas, tan bellos pensamientos rejuvenecen el alma, hacen sentir el encanto indefinible con que Dios ha hermoseado la tierra, y nos hacen afligir de que las horas de la vida sean tan rápidas y tan atribuladas. Dos sentimientos solos bastarian para ocupar al hombre, aun cuando viviese tanto como una cordillera de perpétuas montañas; la contemplacion de Dios, y el amor. El amor y la religion son los dos pensamientos ó mas bien los pensamientos únicos de los pueblos del mediodia; así es, que no se ocupan de otros, y con ellos tienen suficiente. Nosotros los compadecemos, cuando los deberiamos envidiar! Qué comparacion puede hacerse entre nuestras facticias pasiones, entre la tumultuosa agitacion de nuestros vanos pensamientos y estos dos solos pensamientos verdaderos que ocupan y llenan la vida de los hijos del sol? La religion y el amor! La una llenando de encanto lo pre-

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

sente, y la otra el porvenir. He aquí por qué he admirado siempre, á pesar de las preocupaciones contrarias, la calma apacible rara vez alterada de las fisonomías del mediodía, y la especie de reposo, de serenidad y de dicha que exhala en sus hábitos y semblantes esta silenciosa muchedumbre que respira, vive, ama, y canta á nuestra vista. El canto es la evaporacion de la plenitud de felicidad y de impresiones en un alma demasiado llena. Se canta en Roma, en Napoles, en Génova, en Malta, en Sicilia, en Grecia y en la Jonia: sobre la costa, sobre las olas y sobre los techos, no se oye sino el lento canto del pescador, ó los sonidos vagos de la guitarra en las noches serenas. Estos cantos respiran la felicidad, por mas que parezcan lo contrario: se me dirá que son esclavos; pero ¿lo saben ellos por ventura?

La esclavitud y la libertad, son como pueda convenir, felicidad ó desgracia: la dicha ó la desdicha están mas cerca de nosotros. ¿Qué importa á la apacible muchedumbre que respira la brisa del mar, ó se tiende á los tibios rayos del sol de Sicilia, de Malta ó del Bósforo, que la ley que obedece esté hecha por un clérigo, por un pachá, ó por un parlamento? ¿Cámbia esto sus relaciones con la naturaleza, que son las únicas que le ocupan? Toda sociedad, bien sea libre ó bien exista bajo el gobierno absoluto, se encuentra en una esclavitud que es mas ó menos dura. Nosotros somos esclavos de las caprichosas y variables leyes que nos damos nosotros, y ellos lo son de la ley inmutable de la fuerza hecha por la naturaleza, y todo viene á ser la misma cosa para la dicha ó la desdicha. En cuanto á la dignidad y al progreso de la inteli-

gencia y la moral del hombre no, eso es diverso; y aun deberiamos pensar antes de pronunciar esta negativa. Tomad indistintamente cien hombres de estos pueblos esclavos, y otros ciento de los nuestros que son libres; ved entonces donde se encuentra mas moral y virtud. Yo sé donde; pero me estremezco al querer decirlo....

Si leyese esto alguno con ligereza creeria que era yo partidario del absolutismo, y que miraba con desprecio la libertad. ¡Cómo se engañaria! Yo amo la libertad como un esfuerzo dificil que ennoblece los hombres, lo mismo que amo la virtud por su mérito, no por su recompensa: pero ahora se trata de la felicidad, y examinando las cosas como filósofo, digo como Montaigne: *¿Qué sé yo?* El hecho es, que nuestras cuestiones políticas, tan célebres en nuestros liceos, en nuestros cafés y en nuestros clubs, son bien pequeñas cuando se ven de lejos, en medio del Océano, sobre lo alto de los Alpes, y á la altura de la contemplacion filosófica ó religiosa. Estas cuestiones no interesan sino á los hombres que tienen medios de subsistencia y algunas horas de ociosidad: la muchedumbre no se ocupa mas que de la naturaleza. Una buena, hermosa y divina religion: he aqui la politica de las masas: este principio de vida es el que falta á las nuestras, por esto tropezamos, caemos, volvemos á caer, y no adelantamos: nos falta el soplo de esta vida: nosotros creamos formas de séres, pero no podemos infundirles alma. ¡Oh Dios mio! inspiradnos para comunicar á las masas este soplo de vida, ó pereceremos sin remedio!

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

Malta 28, 29 y 30 de julio.

Hemos tenido que detenernos en este punto por una indisposicion de Julia. Ahora que se halla restablecida estamos determinados á dirigirnos á Smirna, haciendo escala en Atenas. Allí dejaré á mi mujer y á mi hija, y me iré solo al través del Asia menor á visitar otros puntos de Oriente. Levamos el áncora é íbamos á salir del puerto, cuando por un buque llegado del Archipiélago supimos la toma de algunos otros por los piratas griegos, y que habian pasado á cuchillo á sus tripulaciones. El cónsul de Francia Mr. Miege, nos aconsejó que esperásemos algunos dias, y Mr. Lyons, capitan de la fragata inglesa Madagascar, nos ofreció escoltarnos hasta Nauplia, y aun llevarnos á remolque si no podiamos seguir la fragata. Esta oferta fué acompañada de tantas atenciones é instancias, que nos decidimos á aceptar, y partimos el miércoles 1.º de agosto á las ocho de la mañana. Apenas tomamos altura, la fragata que parecia volar, pasó delante de nosotros, y el capitan hizo arriar velas, y nos esperó. En cuanto le alcanzamos echó al mar un barril con un cable; nosotros le recogimos, y asido á nuestro bergantin seguimos la fragata que cortaba las olas sin sentir nuestro peso.

No conocia yo al capitan Lyons, que hacia seis años era comandante de un buque de la estacion inglesa de Levante; él no me conocia tampoco, ni siquiera de nombre: no le habia visto en Malta, porque estaba de cuarentena; y no obstante he aquí un oficial de una nacion frecuentemente hostil, que á nuestra primera insinuacion consiente

en hacer mas lenta su marcha, y retardar dos ó tres dias su arribo, en someter su buque y su tripulacion á una maniobra muchas veces peligrosa, como es el remolque, y en oir quizá murmurar á los marineros de su bordo por una condescendencia semejante hácia un francés desconocido, sin otra causa que un sentimiento de nobleza de alma y de simpatía, y un espíritu de disipar los temores de una mujer, y aliviar los padecimientos de una niña. Tal fué la generosidad de este oficial inglés, y tal la dignidad de su carácter, que yo no olvidaré jamás su fineza ni á él mismo. Este hombre que vino varias veces á nuestro bordo para informarse de nuestro estado, y para renovarnos la seguridad del placer que esperimentaba en protegernos, me pareció uno de los mas francos y leales que he encontrado en mi vida: nada descubria en él la supuesta rudeza del marino; y la firmeza del hombre acostumbrado á luchar con el elemento mas terrible se unia admirablemente en su jóven y agradable fisonomía, á la elevacion del alma y á la amabilidad de carácter.

No por haber llegado á Malta desconocidos, hemos dejado de sentir ver alejarse, y desaparecer entre las ondas sus blancas murallas: aquellas casas que mirábamos con indiferencia hacia algunos dias, parecian entonces tener atractivo para nosotros. No conociamos á sus habitantes, y sus benévolas miradas seguian desde lo alto de los terrados las ya distantes velas de nuestros buques.

Inglaterra es un pueblo grande, moral y político, pero no un pueblo social. Concentrado en la dulce y santa intimidad del hogar doméstico, cuan-

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

do salen de él sus hijos no les guia la necesidad de comunicar sus ideas y de hallar simpatías, sino el hábito y la vanidad. La vanidad es el alma de la sociedad inglesa, ella la ha dado ese acompasado aspecto de frialdad y de etiqueta; ella la ha creado esas clasificaciones de rangos, de títulos, de dignidades y de riquezas, con las que se señalan solamente los hombres, los cuales han hecho una abstraccion completa de la persona para no considerar sino el nombre, el trage y la forma social. Yo me inclino á creer que son diferentes en sus colonias, por lo que he visto en Malta. Apenas llegamos á esta isla hemos recibido de todos los que componen tan hermosa colonia las pruebas mas desinteresadas y cordiales de benevolencia é interés. En nuestra corta mansion hemos hallado una hospitalidad brillante y continua. Sir Federico Ponsombi y lady Emilia Ponsombi su esposa, son una pareja que en todo representan dignamente, el uno la virtuosa y noble sencillez de los señores ingleses, y la otra la dulce y agradable modestia de las damas de alta clase en su patria. La familia de Sir Federico Hamkey, Mr. Nugent y su mujer, Mr. Greig y Mr. Freyre, que ha sido embajador en España, nos han acogido mas como amigos que como viajeros: los hemos tratado ocho dias, y no los veremos tal vez mas; pero llevamos en nuestro corazon el recuerdo de su cordialidad y atenciones. Malta ha sido para nosotros una colonia hospitalaria; y podemos decir que el espíritu caballeresco de sus antiguos poseedores se encuentra todavia en sus palacios, ocupados ahora por una nacion digna del elevado rango que ocupa en la civilizacion europea. Se podrá no amar á

los ingleses, pero es imposible no estimarlos.

Duro y opresor es el gobierno de Malta, é indigno de los ingleses, que han enseñado la libertad al mundo, tener en una de sus posesiones dos clases de hombres: ciudadanos y libertos.

El gobierno provincial y las corporaciones municipales se asociarían fácilmente en las colonias inglesas á la alta representacion de la madre patria: los gérmenes de libertad y de nacionalismo, respetados en todes los pueblos sometidos por conquista, son para el porvenir gérmenes de virtud, de fuerza y dignidad para la humanidad entera: la sombra del pabellon inglés solo deberia cobijar hombres libres.

1.º de agosto á media noche.

Esta mañana hemos salido con mucho mar, pero á mediodia hemos comenzado a sufrir una calma absoluta que dura todavía: no sopla ningun viento, y solo de vez en cuando algun céfiro perdido viene á rozar las velas de los dos buques, comunicando á estas grandes velas una palpitacion sonora, y haciéndolas batir de un modo irregular semejante á los sacudimientos de las alas de un pájaro moribundo. El mar está llano y terso cual la hoja de un sable; pero á largos intérvalos se perciben cilíndricas ondulaciones, que pasando por debajo de los buques, los conmueven como un temblor de tierra. En estos casos crujen y se estremecen los palos, las vergas, los obenques y las velas como sucederia con un viento muy recio, En una hora no avanzamos una línea; las cortezas

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.